

**DE VIOLENCIA Y LITERATURA
EN EL ACONTECER RECIENTE
DE LATINOAMÉRICA**
ENTREVISTA A IDELBER AVELAR

DANILO SANTOS

Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago de Chile
Chile
dsantos@uc.cl

PÍA GUTIÉRREZ

Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago de Chile
Chile
gutierrezdiazpia@gmail.com

Con motivo del Coloquio “Entrelugar y traducción” organizado en conjunto por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, la Universidad de Chile y la Universidad de Santiago de Chile, el teórico literario y crítico cultural Idelber Avelar visitó Santiago en agosto del 2013 para dictar una de las clases magistrales del encuentro. En esa

oportunidad, y en el marco de un proyecto de investigación sobre violencia y literatura en América Latina,¹ tuvimos la oportunidad de conversar con él a propósito de sus ideas sobre la violencia en la historia reciente de nuestro continente y, en especial, sobre cómo dicha violencia parecía delinear algunas vertientes de la nueva narrativa.

Esa generosa conversación tiene aún hoy, en el año 2015, una vitalidad expectante, pues alimenta la espera de una traducción completa al español de *Figuras da violência: ensaios sobre narrativa, ética e música popular* (Belo Horizonte: Editora UFMG, 2011), de la que Eduardo Vergara Torres nos adelanta en la revista *Escrituras Aneconomicas* (<http://www.escriturasaneconomicas.cl/Figuras.php>) un epílogo no conocido en *Letter of Violence: Essays on Narrative, Ethics and Politics* (Palgrave, 2004), texto en inglés que sirvió de base para la escritura en portugués que el profesor de Tulane realizó sobre el asunto de la violencia. Mientras seguimos esperanzados en la publicación completa en español de este texto, creemos que esta entrevista puede animar discusión y difusión de algunas ideas centrales planteadas por el teórico brasileño.

Entrevistadores (E.): A partir de los años noventa del siglo XX, en varios países de América Latina parece haber una explosión de narrativa sobre la violencia. Pensamos en Paulo Lins en Brasil, Elmer Mendoza en México o Fernando Vallejo en el caso colombiano, por nombrar algunos autores. ¿qué opina en relación a esta narrativa? ¿se podría fraccionar una periodización de la violencia en la literatura y conectarla con otras manifestaciones culturales como el cine o la televisión?

Idelber Avelar (I. A.): La pregunta puede abrir un horizonte interesante. Yo veo la periodización fundamental, se podría armar otras, pero yo veo

¹ La entrevista se realizó en Santiago, 6 de agosto de 2013 en el marco del proyecto PUENTE 2013: “Literatura y violencia en la narrativa reciente en Colombia, México y Brasil”; financiado por la Vicerrectoría de Investigación Académica de la PUC, a cargo de Danilo Santos y en el que Pía Gutiérrez participó como coinvestigadora.

un gran escisión en la literatura latinoamericana de las últimas décadas respecto a la violencia. Del momento que se pensaba la violencia fundamentalmente como un medio hacia a un determinado fin y que, dentro de él, de esa composición, entre medios y fines, se discutía fundamentalmente la cuestión de la legitimidad o no legitimidad de la violencia. Entonces, ese asunto estuvo muy presente en la década de los sesenta, en la que el tema principal, me parece, era el problema de la legitimidad versus la legalidad de la violencia. Determinadas formas de violencias son entendidas desde el Estado burgués —o del Estado que es el Estado democrático, según lo quieran llamar—, como formas ilegales de violencia pero se planteaban como, fundamentalmente, legítimas porque estaban muy influidas por esa visión marxista de la violencia que desarrollo un poco en la introducción del libro [*Figuras de la violencia...*]. Básicamente, se hace una distinción entre las formas de violencia que serían cómplices del horror, de la acumulación originaria, de la disposición de millones de seres humanos para la ganancia de algunos; versus las formas de violencia que están comprometidas con la supresión de esa violencia del horror, de esa violencia producida cotidianamente y que, por lo tanto, traerían dentro de sí, la semilla de la abolición de la violencia propiamente tal. En el accionar marxista acerca de la violencia, uno podría decir que es eso cierto. Que hay formas de violencia que reproducen reiteradamente la violencia de la acumulación definitiva producida cotidianamente desde los horrores, la explotación versus la forma de violencia libertaria, más satisfactoria, que traería dentro de sí la semilla de la abolición. La única forma de abolir la violencia en cuanto tal sería violenta.

No hay forma no violenta de abolir la violencia heredada. Ese me parece que es el marco en el cual se piensa la violencia en la literatura latinoamericana. Como se representa la violencia en la literatura latinoamericana del llamado *boom*, por ejemplo. Pero en algún momento hay un corte abrupto, que tiene formas distintas en diferentes países y, finalmente, ya no hay en pos de la violencia, ya no aparece vinculada a un proyecto satisfactorio como se ve en la novela del narco, por ejemplo, en que el estallido de la violencia parece una violencia sin sujeto y fuera de control.

No parece una violencia que quepa dentro de la distinción de legitimidad e ilegitimidad si no más bien parece ser una violencia que simplemente es. En ese contexto, uno vacía la pregunta de la legitimidad, es decir que en las narco-guerras no le importa a ninguno de esos sujetos plantear esa pregunta, esa violencia “ininteligible” simplemente es parte de la realidad, es un dato, está más allá de cualquier racionalización y con ella desaparece también la perspectiva de abolición violenta de la violencia: esa perspectiva marxista que considera que a través de esas acciones violentas un día tendremos una sociedad no violenta. Esos términos, parecieran desaparecer del cuadro.

E: A partir de nuestro trabajo, hemos pensado una tesis que explicaría esta explosión de violencia y literatura que la rodea: Habría una fractura en el Estado de derecho que promueve la violencia aparentemente injustificada. ¿Qué opinas al respecto?

I. A: Sí tiene todo el sentido del mundo. Lo que yo subrayaba es que hay algo como una periodización entre respuestas violentas a esa condición violenta del Estado que nos controla y que, luego, hay un momento de la respuesta a esa violencia que de alguna manera presupone una abolición total. Es como las guerrillas de los años sesenta. En Chile como no hubo exactamente guerrilla quizás no sea tan claro, pero en los países que hubo guerrilla ese tipo de discurso es muy fuerte. En el caso de Colombia hay una masa de escritos violentos —violentología—, que es muy impresionante.

Vivimos en un régimen de completa naturalización de la violencia estatal, no la percibimos, excepto en los momentos en que la violencia se exagera mucho por represión policial, por darles ejemplo. No tendemos a percibir el orden cotidiano de las cosas como un orden violento o que, por lo menos, hay una acumulación del carácter violento de ese orden. Ese cotidiano que percibes como pacífico y tranquilo está atravesado por el horror de la violencia y de su acumulación. De este modo, el límite entre de la violencia legítima e ilegítima o legal e ilegal se borra. Una cosa que uno ve, por ejemplo, en relación a los Estados Unidos desde hace mucho

tiempo, aunque más claramente en los últimos diez años, en acciones que tienen una borradura completa entre el concepto de violencia legal y la utilización de formas claramente ilegales de violencia como en el caso de los bombardeos a Pakistán que no están insertos en ninguna guerra. Estados Unidos no está en guerra con Pakistán, por lo tanto los bombardeos no son justificados por la legalidad internacional de la Naciones Unidas, sino que son relaciones unilaterales, ilegales según cualquier mirada a la legislación internacional pero realizadas por un Estado nacional sin problema alguno. Me parece que esas dicotomías principales deberían ser consideradas en una periodización.

E: En esa periodización ¿cómo leería la explosión editorial y comercial que cunde desde la década de los noventa en Latinoamérica en torno a la violencia y que parece tomar cierto tinte realista?

I. A: Yo entiendo el realismo como un aparato narrativo que enmascara sus condiciones de producción, el realismo es una maquinaria narrativa destinada a presentar una determinada representación como si esa representación fuera el orden natural de la cosa. Como si esa representación no fuera armada narrativamente desde un cierto lugar. Como si no fuera un artificio. El realismo es una máquina de enmascaramiento del artificio literario. Así podríamos caracterizarlo.

En los años sesenta y setenta lo que hay es una pugna permanente con la agresividad y/o la legalidad de varias formas de violencia. En el momento en que se van naturalizando determinadas formas de violencias como el orden natural de las cosas, la representación de esas formas de violencia empieza a prestarse más a una representación realista. Un ejemplo en Brasil es la invasión de favelas por la policía, que tiene la estructura de un ejército pero que responde a los gobiernos. Esta invasión de favelas por la policía militar, no solamente en Río de Janeiro sino en otros lugares, es un dato del cotidiano de esa comunidad. Esta explosión tiene que ver con que Brasil no ha hecho duelo realmente por los muertos de la dictadura, no ha repensado el legado de la dictadura heredando directamente ese aparato

policial militar. Ese cotidiano está completamente naturalizado y aparece para muchos de los canónicos como la única manera en que las cosas que deben ser. Esa naturalización, me parece, genera un tipo de representación literaria que favorece a la violencia. Esa sería mi primera explicación, seguramente hay más factores pero esa sería una de mis respuestas.

E: ¿Qué pasaría con la mayoría de los textos más conocidos y promovidos por grandes editoriales que exportan la imagen de violencia en América Latina como por ejemplo *Ciudad de Dios* y *La Virgen de los Sicarios*?

I. A: Son dos novelas que me gustan muchos. Si yo tuviera que darte textos de la naturalización de la violencia pensaría, más bien, en Rubem Fonseca y en los muchos imitadores de Rubem Fonseca, por ejemplo. Una escritora que sugeriría es Patricia Melo, porque ella hace que los cuerpos vayan desapareciendo con violencia brutal y extrema. Hay una crítica muy buena, del escritor J. Ferrer, que dice que solo una chica rica puede matar a tanto pobres con tanta indiferencia. Está el contexto que ustedes ya conocen de Brasil como uno de los países más violentos del mundo, nosotros lideramos el mundo del homicidio, 50 mil homicidios al año; según una estadística entre 2006-2010 solo la policía de San Pablo asesinó a 2.300 personas y es un número en crecimiento. Ante ese dato nosotros seguimos con la ficción de un país cordial, dulce, hospitalario. Es muy raro. En una literatura como la de Patricia Melo yo veo ese tipo de naturalización.

En el caso de Paulo Lins veo otra cosa, hay una utilización de recursos cinematográficos que es muy fuerte, no es casualidad que la novela haya sido adaptada al cine con tanto éxito. Es verdad que hay un cierto goce con la violencia pero no veo una naturalización como la de Patricia Melo o Fonseca. Tampoco veo realismo porque hay una novela con múltiples voces en que existe un choque de perspectivas sobre lo que está ocurriendo, hay una gama de personajes de clases irregulares, múltiples y contradictoras entre sí, porque en esa literatura neorrealista de la que hablamos, los pobres suelen aparecer estáticos como traficantes, bandidos, etc., o bien como el tipo que trató de encontrar el camino honesto por

el trabajo. Esa dicotomía explota completamente en Paulo Lins porque hay una multiplicidad muy notable, me parece, de personajes, de cruces raciales y regional. Por ejemplo, recuerdo el tipo que resulta cornudo y que viene del noreste, él se casa y quiere llevarse la vida, digamos, sin problemas, o el negro de Río con la mujer con este trauma que no se resuelve. Ese tipo de conflictos entre clases populares, no lo vas a encontrar en la literatura neorrealista. Creo que en la película² ya hay otras cosas un poco más estereotipadas, pero en la novela me parece muy notable como se desarman ciertos retratos homogéneos de la favela. Y él, Paulo Lins, creció allí, se crió en la favela, que en realidad no es una favela, es un conjunto habitacional que surgió a través de la remoción de una favela. Fue una inundación lo que provocó que removieran a la gente de esa comunidad y la instalaran en otro lado de la ciudad en un conjunto habitacional. Esa violencia estatal que está en el origen mismo de la comunidad, está replicada en la novela de muchas maneras. La presencia de la policía me parece un punto muy intenso. En Paulo Lins yo no vería naturalización.

E: Según usted ¿Quién está pensando la violencia teóricamente hoy o quién está pensando la reacción de la literatura ante la violencia?

I. A: Bueno, está Jean Franco. Sus últimos dos libros que son básicamente sobre el problema de la violencia, son sobre América Latina. El último se llama *Modernidad Cruel*, (*Cruel Modernity*). Es un buen libro, es interesante la cantidad de información que trae. No es un libro que tenga una tesis muy refinada, pero con esos dos libros de Jean Franco, el primero es *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, yo creo que se establece un buen diálogo.

En Brasil hay una antropóloga muy buena que trabaja el tema de violencia urbana desde las ciencias sociales. Se llama Teresa Caldeira, yo la recomiendo mucho. Su esposo, un norteamericano, James Holston, que

² *Ciudad de Dios* dirigida por Fernando Meirelles y estrenada el año 2002.

sacó un libro muy bueno que aunque no es exactamente sobre violencia habla del tema también, el libro se llama *Insurgent Citizenship (Ciudadanía insurgente)*, y es sobre los varios procesos de conquista de la ciudadanía a través de luchas populares y sublevaciones en Brasil.

E: En su texto *Letters of Violence* usted discute permanentemente con los conceptos de violencia elaborados por Walter Benjamin y Giorgio Agamben. ¿Podrías refrescar esa discusión?

I. A: Lo más interesante que he conocido en esa línea son los trabajos del argentino Fabián Ludueña. Ludueña es un filósofo autor de *La comunidad de los espectros: Antropotecnia* (2010), básicamente una revisión de las tesis de Agamben sobre el derecho. Resumiendo muy burdamente, Agamben desarrolla el concepto de biopolítica haciendo una distinción en lo que los griegos entendían como *zoé*, la vida general no calificada, y *bios* que sería la vida humana y calificada. Ludueña vuelve a esos textos clásicos y argumenta que esa separación entre *bios* y *zoé* era mucho menos estable de lo que propone Agamben apelando a que la producción o la invención de lo humano tuvo lugar a través de una sistemática exclusión de la animalidad. Rastrea todo el proceso de exclusión de lo que hay de animal en el hombre, por ejemplo en la filosofía occidental los animales no van al cielo, no hay lugar para los animales en el cielo, los animales no tendrían capacidad del dolor entonces, lo que él llama antropotecnia es un conjunto de discursos, dispositivos y caminos a través de los cuales nos producimos como humanos y producimos lo humano a través de la exclusión sistemática del *animalitas*. Así la cuestión ya no sería biopolítica, sería zoopolítica. Un lindísimo libro que yo lo reseño acá burdamente, claro, pero que es muy notable.

E: Para abarcar la representación de la violencia expresada en la literatura de América Latina relacionada con el narcotráfico ¿Cree más pertinente hablar de violencia política o violencia colectiva, pensándolos desde la perspectiva de Slavoj Žižek en *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales* (2009)?

I. A: Dependería mucho del marco. Violencia colectiva me parece mejor. Encuentro que violencia colectiva es el sintagma que evoca a una multitud. En un verdadero acto violento el acto mismo apunta hacia el mismo lado —muchas veces en novelas recientes los actos violentos son contradictorios entre sí. A lo que voy es que, por ejemplo, en las manifestaciones recientes en Brasil había grupos que querían romperle ventanas a la policía, pero a la vez había gente que quería atacar a los militantes de partidos políticos. Ese es el problema de violencia colectiva, que no contempla el hecho de que hay múltiples instancias de esa violencia ocurriendo simultáneamente. Claro, nada impide que el concepto de violencia colectiva se use para nombrar eso pero, yo por lo menos, cuando me dicen violencia colectiva pienso en una multitud haciendo algo violento en una sola dirección, no en una violencia dirigida, cuando me dicen violencia colectiva yo pienso en violencia colectiva. No sé, quizá no haya solución.

E: En la producción cultural sobre el narcotráfico se presenta un problema ético: si se debe o no reproducir esta violencia y correr el riesgo de hacer de Pablo Escobar, por ejemplo, un ídolo de series de televisión ¿Qué piensa ante esta problemática?

I. A: Es que Pablo Escobar un personaje muy creíble, todos se sienten alcanzados con su historia, yo mismo casi fui víctima de sus hipopótamos en Medellín. Pablo Escobar decide, en el auge de su imperio, que quiere hacer un zoológico tropical africano y, entonces, empieza a importar animales africanos: cebras, hipopótamos, rinocerontes y arma un zoológico increíble con lagos y paisajes replicando la sabana africana. Él cuidaba su zoológico como si fuera, digamos, su alcoba, pero cuando lo matan la sociedad Pablo Escobar cae en desgracia y ya nadie se encarga del zoológico. En ese momento, los bichos, por supuesto, empiezan a volverse locos y los hipopótamos, que yo creo que eran cuatro, se escapan. Pero, la sabana antioqueña es mucho más húmeda que la sabana africana y los hipopótamos se reproducen como conejos. Sabemos que el hipopótamo es el animal que más ha matado humanos. Ese diente que tienen es capaz

de perforar a un cocodrilo de una sola mordida, o sea con un solo movimiento es capaz de matarte. El episodio de los hipopótamos está muy bien retratado en otra de las grandes novelas de violencia: *El ruido de las cosas al caer* (2011) de Juan Gabriel Vásquez. El comienzo de esa novela, es una escena absolutamente terrorífica que vivimos a finales de los años noventa en Medellín en que toda la gente estaba en pánico porque los hipopótamos se reproducían con una velocidad impresionante, yo mismo vi un hipopótamo a lo lejos y sentí el pánico, creo que hubo como tres muertos por los ataques.

E: En la conclusión que propone en su libro *Figuras da violência. Ensaio sobre narrativa, ética y música popular* (2011), indica que habría una tarea deconstructiva de los universales ya que estos esconderían siempre un concepto excluido y por lo tanto el desafío de los intelectuales que sería desenmascarar estos universales para a través de los particulares reinstalar universales renovadamente. ¿Cómo se podría hacer esto? ¿Qué elementos particulares podrían incitar esta reflexión hoy?

I. A: Hay una respuesta a esa pregunta. Habría que producir en circunstancias que permitieran a un determinado grupo asumir en lugar de la universalidad que, digamos, sería el lugar reservado en la tradición marxista a la clase obrera, esa clase particular llamada a encarnar la universalidad. Esa sería la respuesta moderna. Pero en las protestas recientes se ha manifestado un cambio, me parece, que evidencia la crisis de ese modelo a través del cual una determinada clase social podría representar la universalidad. Ese es el modelo de Ernesto Laclau también, porque que hace Laclau es preguntarse “¿qué es la hegemonía política?”, y responde que la hegemonía política es el momento en que una determinada demanda adquiere el carácter de traductora universal de todas las otras demandas. Así, en un determinado momento, por ejemplo, la culpa por la libertad de expresión bajo dictadura pasa a ser una suerte de paraguas que incorpora a todas las otras demandas. Pero lo que estas protestas parecieran mostrar es que ya no hay una posición desde la cual la demanda o deseo político

se universalice y represente todos los otros deseos. Era muy común en las protestas brasileñas que coexistieran, a veces en la misma cuadra, demandas contradictorias. Estaba, por ejemplo, la señora de clase alta pidiendo más seguridad porque quería tener una casa sin muros y, al lado de ella, representantes de la comunidad afro-brasileña demandando la desmilitarización de la policía. Todo esto para decir que yo no tengo respuesta.

Pareciera que hoy es mucho más complicado pensar en esos términos la hegemonía entendida como universalización de un determinado particular. Pareciera estar en crisis ese cuento. No sé qué es lo que va a entrar en el lugar, qué es lo que va a surgir, pero los instrumentos de esos aparatos de universalización, como por ejemplo los partidos políticos, parecen estar pasando por su peor crisis de la historia.

